

**¿Cuándo
comprenden los niños el
significado
de la muerte?**

**¿Debemos ocultarles
la muerte de
algún familiar?**

**¿Cómo es el duelo
en el niño?**

La vivencia de la muerte en el niño

Fco. J. de Santiago / M^a Montfragüe García

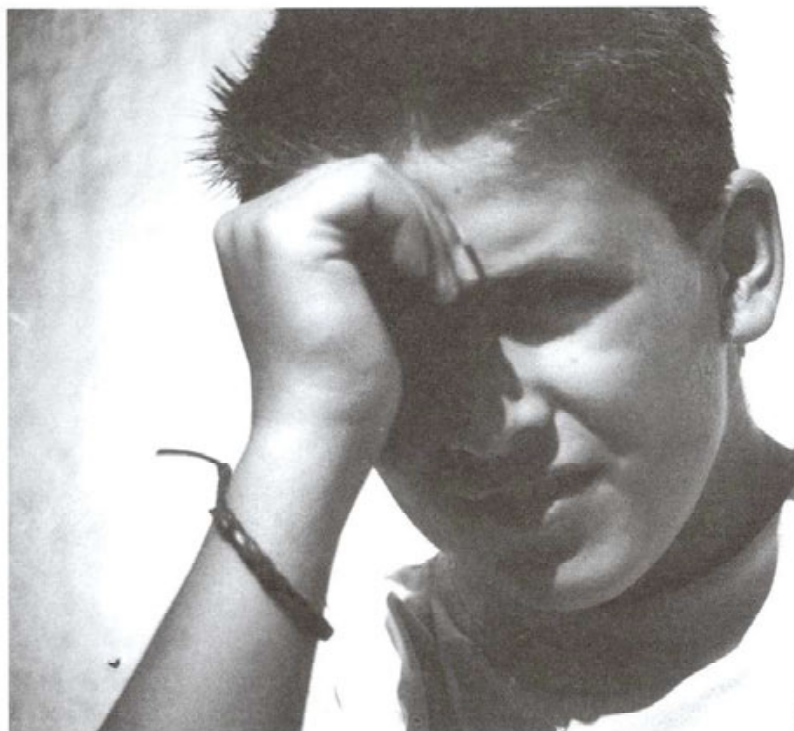
Ganarás la luz
"Lloramos y corremos,
caemos y gritamos
vamos de tumbo en tumba
dando brincos y vueltas entre pañales y sudarios"
León Felipe, 1943

Llaman la atención las enormes resistencias que tenemos los adultos para hablar con los niños de la muerte. Quizá el propio miedo, y el fuerte respeto que ésta nos inspira, nos lleve a proyectar sobre los infantes nuestras inseguridades. Claro es el axioma irrevocable y excesivamente materialista que dice: "vivimos porque no estamos muertos". En este sentido preferimos la frase del psiquiatra vienés Viktor E. Frankl "vivir es sufrimiento, sobrevivir es encontrar sentido al sufrimiento", para plantear la necesidad de hablar con los niños de la muerte.

Pero antes de nada **¿Cuándo comprenden los niños el significado de la muerte?** Podemos decir que hasta los siete años preguntan sobre la muerte sin angustia. Anteriormente a dicha edad el niño entiende por muerto lo que simplemente no está.

Es el período de latencia –a partir de los cinco o seis años– cuando el niño ya se plantea de forma más o menos científica por qué morimos y se atisban ansiedades de carácter existencial.

Por otro lado es una realidad que tanto las personas adultas como los pequeños percibimos diariamente la presencia de la muerte: un familiar, un amigo o cualquier animal. Además los medios de



Archivo

comunicación brindan continuamente imágenes de funerales, muertes violentas, catástrofes y desapariciones de personas con la mayor naturalidad y frialdad del mundo.

Pues bien, ante este panorama ¿cómo podemos ocultar a un niño la muerte de un familiar! Si así lo hiciéramos, estaríamos cometiendo un doble error: por un lado de nada valdría porque se notaría en nuestros rostros y en nuestra conducta el pesar por la pérdida del ser querido (conducta que no se le escapa al niño); y por otro lo excluiríamos del núcleo familiar tratándolo como a alguien al que no se le pudiera hablar del tema. Poder expresar en palabras la tristeza nos lleva al lado más noble de la melancolía, y tomar conciencia de ello permite la maduración de los procesos cognitivos y emocionales. Por ello, en el niño –al no liberar su dolor y emociones dolosas a través de la palabra– es común que exprese su duelo en forma de síntomas conductuales y/o somáticos. Como solemos decir: cuando algo no puede expresarse con palabras es el cuerpo quien lo hace.

El duelo

Cuando alguien querido o significativo de nuestro entorno muere, algo de nuestra vida se marcha con él. Todo el monto de energía y los sentimientos que concentrábamos en él (amor/odio) quedan sin dirección, pero no desaparece el deseo. Ello provocará que se replieguen dichas emociones sobre nosotros y elaboremos lo que llamamos "el duelo", perdiendo el interés por el mundo exterior.

Este duelo es universal y no conoce edades por lo cual de nada vale no responder a los niños que pregunten sobre la muerte. Ahora



bien, sería preciso estudiar a cada niño, descubrir su naturaleza propia y tratar de ayudarlo a superar sus dificultades. Una manera adecuada de explicarle el hecho de la muerte es potenciar su antagonismo: lo que es la vida. Por ejemplo, "morimos cuando terminamos de vivir"; una posible respuesta será la de que "pues yo no he terminado de vivir"; podemos entonces hacerle ver lo bien que se está vivo en este mundo. Dicha respuesta, aunque paradójica, tranquilizará al niño: la vida sigue a pesar de todo y merece la pena ser vivida. Otra manera preventiva para acercarle a la muerte sin provocar en ellos excesivo dolor sería visitar el cementerio familiar el día de Todos los Santos o de los Difuntos, ya que en dicha fecha se presenta de un modo más bonito y relajado. Con ello se pueden resolver "in situ" las dudas de los hijos y al mismo tiempo tomamos conciencia del lugar donde reposan

«... es común que exprese dicho duelo en forma de síntomas conductuales y/o somáticos. Como solemos decir: cuando algo no puede expresarse con palabras es el cuerpo quien lo hace»

sus familiares, haciéndoles partícipes de una parte de su historia familiar. Cobra entonces sentido el que ese día se pueda organizar una fiesta –religiosa o pagana– en recuerdo de los que ya no están presentes y en agradecimiento por seguir viviendo.

Otro de los aspectos a tener en cuenta e interesante de conocer, sería entender el paralelismo que

hay entre las etapas psicológicas de la muerte en el adulto –según la Dra. Kübler-Ross, E.– y las etapas de enfrentamiento al duelo en el niño para ver la dinámica emocional interna del proceso.

Cinco fases

Esta evolución se realiza a través de varias fases a medida que la muerte se va acercando:

1.– Fase de **negación** de la realidad: el enfermo no desea ver que tiene una enfermedad que puede acabar con su vida, se autoengaña y no quiere darse por enterado.

En el duelo, el niño –y con frecuencia también el adulto– en forma de mecanismo defensivo de negación, piensan que no es posible lo que ha sucedido y suele manifestarlo a través de expresiones como “no, no puede ser porque esta mañana lo he visto y estaba bien”.

2.- Fase de **cólera**: el enfermo terminal envidia la salud de los demás, manifiesta su cólera preguntándos: ¿por qué a mí?, ¿qué he hecho yo para merecer esto?

El niño, ante la muerte, es posible que no manifieste abiertamente su rabia –aunque es seguro que está presente en él–. Es el momento de ayudarle a ver y entender que ocultarla o luchar por no manifestar el dolor no le convierte en una persona mayor sino todo lo contrario, llorar es humano.

Si nadie quiere perder una mano por ser parte de su cuerpo, ¿por qué vamos a mutilar nuestros sentimientos? Los sentimientos son el más preciado tesoro emocional y

nadie puede quitarnos una parte tan importante de nuestra vida psíquica y afectiva; quizá lo más bello del ser humano no es su inteligencia sino su capacidad de compartir los sentimientos o emociones.

3.- Fase de **negociación**: el enfermo generalmente la hace con Dios, le propone una prórroga, formula todo tipo de promesas para que le saque de esa situación.

El niño ante la muerte ajena, ..., puede suponer de forma consciente que la persona querida no ha muerto, tan sólo que se ha ido y que volverá más adelante. Bien, nadie muere si no fallece en nuestros corazones, y para el niño, todo lo que ama está vivo. Sin embargo debemos controlar dicha fantasía, y si persiste ayudarle a que poco a poco acepte la realidad: la persona amada ya no volverá más.

4.- Fase **depresiva**: el moribundo se separa de las personas y de las

cosas que ama.

El niño lo vive con desasosiego y mantiene un estado de retraimiento –que por otro lado hay que permitirle– pues es la forma de elaboración del duelo. Es importante resaltar que decimos permitirle y no dejarlo sólo, abandonado a unos sentimientos tan duros que por sí mismo no es capaz de comprender ni de expresar y sin embargo es absolutamente necesario que lo haga.

5.- Fase de **aceptación**: siguiendo con el paralelismo, sería el descanso del guerrero ante la lucha por lo inevitable; en el adulto el círculo de intereses disminuye, desea permanecer sólo y en silencio sin ser molestado con problemas del mundo exterior.

En el niño, sin embargo, cuando se enfrenta a la muerte del otro, comienza en breve tiempo a aceptar los cuidados y atenciones de cualquier persona-sustituta. En el adulto el duelo normal se prolonga durante aproximadamente dos años, en el niño se trata de meses o semanas, debido principalmente a la facilidad que tienen para la sustitución objetal (facilidad para encontrar otra persona en la que amparar sus emociones) Como conclusión diremos que el enfrentamiento que el niño tiene ante la muerte es vivenciado por él como algo “mágico que necesita explicación”, no sabe el por qué, no entiende que las personas se ausenten sin deseárselo, que no vuelvan a verse nunca más, y para ellos más que para nadie, la no existencia es casi imposible; “se ha muerto pero debe vivir en alguna otra parte”. Ese mundo de fantasías y dudas debe aclararse con la mayor delicadeza posible pero nunca silenciarlo o dejarlo sin explicación.■



Archivo